

LA MUÑECA DE SILVIA S

R. 421.088

TRADUCIDA DEL FRANCÉS

POR

J. E. R.



MURCIA.—1895.

Imprenta de LAS PROVINCIAS DE LEVANTE.

Plaza de los Apóstoles, 20.

LA MURCIA DE SILLVA

TRADUCCION DEL FRANCÉS

1807

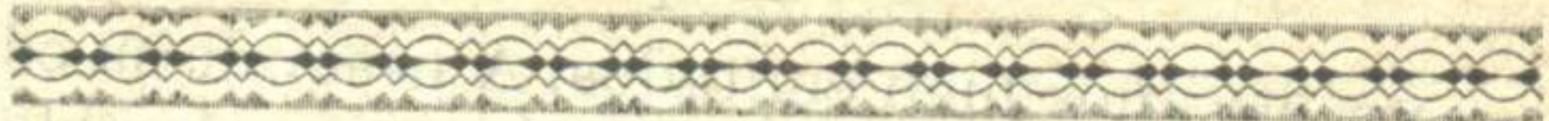
J. E. R.



MURCIA—1807

Imprenta de las Provincias de Levante

Plaza de los Arzobispos, 20.



La Muñeca de Silvia.

CUENTO.

I.

Madame de Viorne era muy infeliz; quedó viuda muy jóven, y Silvia, su hija única, que apenas tenia doce meses, era la que habia endulzado un poco la amargura de esta imprevista viudedad. Madama de Viorne vivia con su anciana madre, que habia sido jóven durante el reinado de Luis XVI, y que todavía se rizaba sus cabellos blancos, como la señorita de Sevigné.

En la misma casa, y en el primer piso de un pabellon que daba al jardin, vivía al lado de estas tres mujeres, un anciano que era el padrino de Silvia, de su madre y de su abuela. Este excelente hombre, que de madres á hijas habia sacado de pila à toda la familia, aun queria antes de morir dar el nombre de ahijada á la cuarta generacion, á despecho de sus setenta

y siete años bien contados. A pesar de su edad, le gustaban los viajes lo que no es decible, y una vez al año, cuando menos, se compraba un sombrero de paja, tomaba su baston y se iba á pasear por el mundo, al Norte ó al Mediodia, segun le soplabá el viento de su capricho.

— Pobres niños, decia à sus queridos ahijados; esta costumbre puede mas que yo; así que llega la primavera, no sé lo que me pasa, pero no puedo permanecer aquí.

Al oir estas palabras que el anciano corregia con una sonrisa, toda la familia se ponía triste.

Abrazaba á las tres generaciones y partía para un viaje de seis meses. Nunca volvía de sus peregrinaciones con las manos vacías; siempre llevaba admirables regalos para toda la familia.

Madama de Viorne, sencilla é indulgente, tenía esa piedad afable y demasiado rara que nunca ahuyenta á nadie, sino que atrae y gana todos los corazones... Cuantas veces había pedido al cielo una hija, y había hecho voto de consagrarla á la Virgen, si Dios escuchaba sus oraciones!

II.

En el momento que principia este cuento, los árboles del jardín florecían por la sétima vez desde que Silvia había venido al mundo. Nada hay tan alegre y tan hermoso como el rejuvenecimiento de la naturaleza en el mes

de Mayo. Todo renace, reverdece, murmura, brilla; una superabundancia de vida se apodera de las hojas, de las brisas, de los corazones; las golondrinas pasan saludando con sus pequeños gritos á la deliciosa primavera; mil ruidos confusos se mezclan á los perfumes y á la luz. El inmenso jardín, donde jugaba de ordinario Silvia, estaba lleno de frondosos castaños. Otros árboles frutales en plena florecencia, se elevaban acá y allá; una brillante alfombra de menuda yerba se estendia por todas partes. Pero aquel dia habia llovido por la mañana; un abundante chaparron habia mojado la arena de las alamedas del jardín. Todas las flores estaban mojadas, y grandes gotas que brillaban al sol, caian bajo el soplo de una brisa ligera, como una lluvia de diamantes. Silvia, por obedecer á su madre, permanecia en su cuarto con el rostro pegado á los cristales, y mirando tristemente como se balanceaba en el espacio el pesado ramaje de los castaños. La pobre niña deseaba con toda el alma salir á pasear alrededor de los acirates. No tenia ni hermanos, ni compañeras de su edad con quienes poder jugar, y en sus largas horas de fastidio recurria á su muñeca, mirándola siempre con ojos suplicantes.

Aquella muñeca se la habia regalado un año antes su padrino, quien, al volver de un viaje á Palestina, la habia comprado en Nuremberg á un pobre diablo que moria de hambre. Madama de Viorne la encerró en su armario, y no

se la dió á Silvia hasta que cumplió siete años. Verdad es, que era una preciosa obra de arte, una maravilla esculpida, que el obrero habia cedido casi llorando; al verle tan triste se hubiera dicho que se separaba de uno de sus mas queridos hijos. Aquella muñeca tenia cerca de tres pies de altura, y cuando reposaba estendida sobre su cuna, parecia una niña durmiendo. Sus cabellos, de un rubio dorado, rizados alrededor de su flexible cuello, estaban colocados con tal delicadeza, que parecian una verdadera cabellera. Las mejillas finamente redondeadas, aunque pálidas como la cera, ilusionaban, como si la vida las hubiese animado. El pensamiento parecia existir en su mirada fija y dulce y sus labios sonrientes, estaban prontos á entreabrirse. El artista no habia economizado nada para hacerla perfecta. Por medio de ocultos resortes habia ablandado sus miembros; su talle se encorvaba segun la voluntad del que los oprimia, y la muñeca se tenia derecha sobre sus pies. Cualquiera la hubiera creido un sér viviente, y hubiera puesto la mano sobre su pecho para sentir los latidos de su corazon.

III.

Silvia, á quien todos llamaban familiarmente Silvita, habia tenido la idea de bautizar á su muñeca con el nombre de Vita, que era el di-

minutivo de su propio nombre. Vita, pues, que desde el primer día habia sido acogida con trasportes de júbilo, fué vestida como una señorita. Estaba encantadora con su trajecito de muselina blanca, y su cintura apretada por una cinta de seda azul; unos preciosos zapatos de raso aprisionaban sus diminutos pies. En sus horas de ocio, Silvita corria ligera hácia ella, ajustaba los pliegues de su vestido, la peinaba y la enviaba sus mas deliciosas sonrisas. Aquella muñeca era su felicidad, su vida. Por la noche soñaba con ella, y apenas despierta, se precipitaba hácia Vita, apartaba las cortinas de su cuna con mano discreta como una tímida madre, le besaba la mejilla y le murmuraba al oído una multitud de cariñosas palabras.

Madama de Viorne se inquietó con extremo al ver á su hija tan preocupada con la nueva amistad que profesaba á su muñeca.

—Tranquilizaos, decía el padrino Juan, y dejadla hacer lo que quiera; es una excelente hija que nos ama mucho. Ayer tarde me dirigió una estraña pregunta: "Padrino, me dijo, por qué Dios no le ha dado un alma á mi muñeca como me la ha dado á mi? —Un día ú otro, si eres prudente, le respondí, vivirá como tú.— Ah! que felicidad," exclamó ella saltando de alegría.

Estas palabras que el padrino Juan habia dicho por casualidad, no habían sido olvidadas por Silvita, que, esperando ver vivir á su que-

rida muñeca y tener una compañera para sus juegos, se había vuelto pensativa, y se había prometido á sí misma probar lo imposible, á fin de conseguir aquella metamórfosis. Desde este momento, se propuso no disgustar á nadie, y siempre estudiosa, poco aturdida, solícita junto á su madre, llenaba la casa de una felicidad tranquila, sin perder nada de esa inocente alegría, que es la señal de una conciencia pura y una de las mas preciosas gracias de la infancia.

La hermosa muñeca fué rodeada de cuidados, de ternuras; pero Silvia lloraba porque no tenía una compañera á quien hacer partícipe de sus penas y alegrías.

A la pobre niña le parecía que una voz interior, desliziéndose sobre los labios de la muñeca, le murmuraba al oído:

—Silvita, sé buena y virtuosa, y viviré como deseas.

Sucede con frecuencia que, aunque despiertos, creemos oír espíritus invisibles que aconsejan á nuestro corazón.

Trazaros el retrato de Silvita es inútil, porque por una singular casualidad se asemejaba de una manera sorprendente á su muñeca, ó mas bien su muñeca se le asemejaba á ella. Las dos tenían los ojos azules, y una cabellera rubia que se rizaba naturalmente; sus rostros eran iguales; pero las mejillas de Silvita estaban siempre mas sonrosada y mas frescas.

En medio del jardín se eleva un hermoso ro-

sal, que en el estío daba flores para llenar veinte canastillos, y que el padrino Juan habia traído de Asia dentro de un sombrero viejo. Silvia y Vita, que eran iguales de estatura, eran justamente tan altas como este rosal. Cuando estaban sentadas la una al lado de la otra, se las hubiera tomado de lejos por dos hermanas gemelas, con la sola diferencia de que Vita permanecía inmóvil y silenciosa, mientras que Silvita, viva como un cabritillo, saltaba en las alamedas del jardín, charlaba con los pájaros que se cobijaban bajo los árboles, y miraba á su muñeca suspirando.

IV.

La esperanza es un precioso bálsamo que Dios ha introducido en todos los corazones. Reanima los ánimos que desfallecen, ayuda á vivir, rodea de sonrisas las cunas y las tumbas de consuelos, y se introduce imperceptiblemente en todas las almas. Esta semilla divina habia germinado en el jóven ánimo de Silvia, que, tanto de noche como de dia, esperaba que la púrpura de la vida colorara la frente de Vita. Su rostro, que resplandecía de salud y de felicidad, se habia revestido de una belleza mas delicada. Ya no acariciaba á Griffi, perro sumamente endiablado, que ladraba á todas horas; ya no estiraba la cola de Pussy, perezoso gato de Angola, que dormía al sol por la maña-

na y por la tarde. Reservaba siempre las migas de su pan para agasajar con ellas á los pájaros, que al verla batian las alas y revoloteaban á su alrededor con la mayor confianza. Su oración, que no olvidaba ni al levantarse, ni al acostarse, estaba impresa de un fervor desacostumbrado.

Después de comer, en el salón, tropaba sobre las rodillas de su padrino, que contaba, ya sus viajes, ya otras historias maravillosas y terribles, en las que pasaban, como en una linterna mágica, y encantada hadas, sílfides, enanos y duendes. Algunas veces el padrino, cuando se arriesgaba á tomar café, estaba de buen humor, y con voz medio cascada, entonaba alguna canción antigua. Era necesario ver cómo le escuchaba Silvia para no perder ni una palabra, ni una nota. Al día siguiente le contaba á su muñeca todos los fantásticos relatos que había oído la vispera, acompañándolos con gestos persuasivos y con miradas llenas de espanto, ó bien le cantaba las canciones que había aprendido de su padrino, con una voz que tenía los moribundos sonidos de una flauta.

Para su muñeca el jardín no tenía flores demasiado hermosas, y lirios, azucenas, violetas, todas desaparecían bajo las manos de Silvia, se tejían en forma de guirnaldas ó se redondeaban afectando la figura de una corona, para adornar el talle y la dorada cabellera de Vita.

Silvia no se había atrevido á tocar el rosal

asiático del precioso jardín; pero así que la primera rosa abrió su cáliz en el mes de Junio, se acercó al arbusto, vaciló mucho tiempo, miró á hurtadillas á su muñeca, deseó la flor prohibida, como hija de Eva que era, y metió valientemente su mano á través de las espigas, pinchándose, como era natural. De repente arrojó un grito de dolor. Había algún eco burlador bajo el follaje? No lo sé; pero Silvia creyó que otro grito había respondido al suyo. Sorprendida paseó sus miradas por su alrededor. La vista de la sangre que le corría de las heridas, detuvo su curiosidad. Lloró, y en su mal humor rompió un hermoso lirio, que esperaba todavía dos ó tres soles para embalsamar el ambiente. Anegada en lágrimas, fué á sentarse junto á su muñeca, que, aunque insensible, parecía más pálida que de costumbre, y cuyos ojos estaban inundados de tristeza. La niña, asombrada, se afligió, y para consolar á la pobrecilla, quiso tomarla en sus brazos. Vita retrocedió como enojada por aquella caricia, y Silvia, que tuvo miedo de este inesperado movimiento, se desmayó sobre el césped. No tardó en recobrar sus sentidos; pero un solo recuerdo le quedó de su corto letargo; había visto que se movían los ojos y las manos de su muñeca, y esta le había dicho:

—Por qué has muerto ese lirio, Silvita? Qué te había hecho? Las plantas son como tú, criaturas de Dios, y cuando las hieres, sufren tanto como tú.

La niña, medio despierta, ignoraba si había soñado ó si realmente Vita le habia reprochado su vivacidad; pero por la noche, antes de acostarse, pidió perdón á Dios, que perdona siempre à los que se arrepienten.

V.

Al dia siguiente, para espirar su falta de la vispera, regó las flores del jardin, que no fueron ingratas, y la saludaron hircuiendo sus tallos. Una atrevida mariposa se agazapó entre las pálidas hojas de una preciosa azucena. Silvia, reteniendo su aliento, se adelantó sobre la punta de los pies y cogió á la imprudente mariposa por un ala que ató después á un largo hilo de seda.

—Mariposa, vuela, vuela, vuela! le decia.

El delicado insecto, en vez de tomar el camino del cielo, cayó al suelo y murió. Al mismo tiempo Silvia oyó un prolongado suspiro; se volvió hacia donde estaba su muñeca, y percibió dos rutilantes lágrimas que temblaban al borde de sus párpados. Entonces ella tampoco pudo detener las suyas, que mojaron el césped, como lo habia hecho el rocío.

Silvia, con el corazón henchido de pena, se puso á reflexionar, y empezó á creer que viviría su muñeca, conforme se lo habia prometido su padrino. Entonces confió sus impresiones

á su madre, que se burló de los pueriles temores de su hija. Pero como todas las ideas, por sencillas que sean, se apoderan demasiado pronto de las cándidas imaginaciones de los niños, Silvia pasó una parte de la noche pensando en aquella estraña aventura, y juró no merecer mas los reproches de Vita.

Como por desgracia abundan los pobres en este mundo, al volver cierto dia de las Tullerías, tuvo ocasion de vaciar su pequeña bolsa en las temblorosas manos de un infeliz anciano.

—Que Dios os lo premie, señorita, le dijo aquel hombre, conmovido por su generosa accion.

Estas palabras, tan dulces para el corazon de Silvia, no fueron su única recompensa. Al dia siguiente bajó al jardin, llevándose á su inseparable compañera. Apenas la hubo depositado sobre un banco, cuando la muñeca se levantó y fué á coger una Margarita que habia oculta en una verde espesura. Esta florecita habia brotado allí por casualidad, ó la habria dejado caer algun ave de paso, pues era la única de su especie que se veia en el jardin. Por qué, Vita, dotada de la vida, le habia dado la preferencia? Silvia permanecia inmóvil, y no se atrevia á creer lo que le sucedia; pero cuál no fué su sorpresa cuando Vita se acercó á ella, la ofreció la Margarita, y le dijo con sin igual ternura:

—Toma esta flor; la Virgen Maria te la dá.

Aquella vez, no cabia duda, la muñeca vivia; el carmin de la vida coloraba sus tersas mejillas, Silvia le cogió la mano, y feliz por este milagro, se arrodilló delante de Vita, cuyo rostro se iluminó con una sonrisa seráfica.

En seguida, llena de alegría, fué corriendo á anunciar esta nueva á su madre y á su padrino.

—Vete á jugar, loca, le respondió madama de Viorne.

La niña se fué muy contrariada, no sabiendo que pensar. Por el camino encontró al padrino Juan, y le dijo llena de entusiasmo:

—Padrino mio! padrino mio! ya anda!

—Qué me cuentas! exclamó este sin saber de lo que se trataba.

—Y habla! añadió la niña.

—Hombre, hombre!... pero... sepamos quién habla y quién anda, preguntó el padrino.

—Vita! Vita! exclamó Silvia.

Ya te lo habia dicho yo, respondió el anciano para librarse de ella; hé aqui lo que es ser una hija cariñosa y obediente.

—No es esto todo; tambien me ha dado una margarita de parte de la Virgen.

El padrino Juan se echó á reir, abrazó á su ahijada, y continuó su camino murmurando entre dientes:

—Que graciosas ideas tienen los niños! Casi son tan locos como los hombres.

VI.

Silvia continuó durante cinco ó seis mese viviendo en la misteriosa intimidad de Vita que era una verdadera amiga para ella, pero que continuaba siendo una muñeca para todos los indiscretos. Entre las dos no era una simple amistad el afecto que se profesaban, sino la mas acendrada ternura, y una especie de amor divino. En sus interminables conversaciones hubiera sido difícil seguir el vuelo de sus mútuas confidencias, porque buscaban los mas recónditos escondrijos, y se hablaban en voz baja. Al ver Silvia la incredulidad de su madre se habia refugiado en el silencio, que es el asilo de los corazones ignorados, y habia encerrado en él toda su alegría, porque estaba resuelta á no exponerla á las burlas de nadie. Por la noche se despertaba y escuchaba el ruido dulce é igual de la respiración de Vita, que se hallaba acostada á la estrimidad de su cuarto, en una cuna que ella misma habia usado durante seis años. Todas las mañanas, así que el sol daba en los cristales de su alcoba, Silvia saltaba de su cama, é iba á dar los buenos dias á su *querida hermana*, como ella la llamaba.

Ún dia el padrino Juan, que se habia queda-

do solo con madama de Viorne, despues de terminada la comida, le dijo á la madre de Silvia, con cierto misterio:

—Vuestra hija ha crecido mucho desde la primavera anterior.

—Es verdad, dijo madama de Viorne.

—Pero hay una cosa, repitió, que vos no habeis visto; su muñeca, que hace seis meses era de su misma estatura, ha crecido al mismo tiempo que ella.

—Sin duda os chanceais...

—Lo digo con toda formalidad.

Llamaron á Silvia.

—Vé á buscar tu muñeca, le dijo su madre.

Cuando volvió las pusieron la una al lado de la otra; entre ellas no habia una sola línea de diferencia.

—Y bien! dijo el anciano cuando Silvia hubo salido; tengo razon?

—Eso seria maravilloso; pero... bah!... talvez no haya crecido mi hija.

—Otra observacion, añadió el padrino; los cabellos de Vita son ahora mucho mas largos que al principio.

—Desatinais, amigo mio.

—Bien puede ser, querida mia... á mi edad... Ah! ahora que recuerdo... Mañana es la fiesta de la Natividad. Haced de modo que nuestra Silvita ponga sus zapatos en la chimenea; cuando esté dormida depositareis en ellos este collar de perlas finas.

—Padrino Juan, veo que contemplais mucho á vuestras ahijadas.

—Qué quereis, dijo este sonriendo: las quiero tanto!

VII.

El mes de Diciembre, el mes negro, como dicen en Bretaña, entristecía la tierra. El viento del invierno habia arrancado la una despues de la otra todas las hojas de los árboles; las flores estaban ya muertas de frio; la nieve caia á copos sobre los viejos castaños. Habia sido preciso renunciar á los alegres paseos del jardin, Silvia estaba en adelante condenada á quedarse en casa, en medio de sus libros, y á hacer á puerta cerrada sus confidencias á Vita. Ni una sombra habia pasado sobre su fraternal amistad; Silvia y Vita no tenian mas que un solo corazon.

Una noche Vita habia bajado de su cuna y se habia sentado á la cabecera de Silvia. La niña, á través de su sueño, sintió la cariñosa presion de una mano, y se despertó.

—Ah! eres tú, Vital! le dijo: estás enferma, pobre amiga mia!

—No, respondió la muñeca.

—Por qué te levantas á media noche?

—Quiero entretenerte contándose cosas que únicamente los ángeles han oido. Te acuerdas

de la margarita que te dí hace cerca de cuatro meses?... no la cogí de ninguna planta; es una flor caída de la corona inmortal de la Virgen Maria. Que sea para tí una prenda de caridad y de fé! Vela por ella; ella velará por tí.

—Oh! interrumpió la niña, la he guardado en un hermoso cofre. Pero dime, quién te ha contado esas maravillas?

La muñeca, en vez de responder, levantó un dedo al cielo.

—Y tú, Vita, quién eres? preguntó Silvia.

—Buenas noches! dijo Vita, que volvió á meterse en su cuna.

La noche de la víspera de la Natividad del Señor, Silvia puso en la chimenea sus mas lindos zapatitos, persuadida de que Jesus, que ama tanto á los niños, le llevaria algun precioso regalo; queriendo ver el rostro del Niño-Dios, estuvo despierta todo el tiempo que le fué posible; pero fatigada por su misma voluntad, sintió que los ojos se le cerraban involuntariamente, y se durmió. Poco tiempo despues, madama de Viorne entró dulcemente, metió su collar de perlas del padrino Juan en uno de los zapatos de su querida Silvia, y habiéndose aproximado à su cama, fijó en ella una mirada de amor, y se retiró.

VIII.

Cerca de media noche Silvia fué despertada

por una música deliciosa que se esparció por el aposento como un perfume sonoro. Angeles invisibles cantaban en la oscuridad un himno para celebrar la Natividad del Señor, que desde su entrada en este mundo va á visitar á los niños y á los hombres. Mientras que Silvia oraba con las manos juntas, los sonidos se extinguieron los unos, despues de los otros, y todo volvió á quedar en silencio. Repentinamente una luz argentada envolvió la cuna de Vita, cuya cabeza estaba ceñida de una aureola deslumbrante. Esta cabeza se destacó del resto del cuerpo, y llevada por dos alas de fuego, se adelantó hácia el lecho de Silvia.

—Qué me quieres? preguntó la niña horrorizada.

—No temas nada, respondió el nuevo serafin; soy tu amiga Vita; soy la vida eterna; soy el ángel de tu guarda. Dios, á ruegos de su Madre, me envió á tu lado para enseñarte la virtud. Ahora está ya formada tu alma. Pero yo estoy ausente de mi pátria, del cielo, y voy, antes de remontarme á él, á prosternarme delante del Salvador de los hombres, que ha querido nacer en un establo. Desde el cielo te serviré de guía; de vez en cuando, si tu ánimo vacila aquí en la tierra, bajaré y te cubriré con la sombra de mis alas, pero ya no me volverás á ver. Adios; acuérdate que perteneces á María, la consoladora de los afligidos, y guarda preciosamente la margarita sagrada que ha

desprendido de su corona, para perfumar tu alma. Adios, Silvia, adios.

El ángel desapareció, y la niña se durmió hasta la mañana siguiente. Apenas se levantó, creyendo haber soñado, corrió á la cuna de la muñeca. La cabeza faltaba, y el cuerpo no era más que un pedazo de madera inerte y descolorida. En este momento madama de Viorne y el padrino entraron para ver el júbilo de la niña, que sin duda habia encontrado ya el collar de perlas. Pero Silvia les enseñó llorando su muñeca mutilada, y les contó lo que le habia sucedido durante la noche.

—Hermosa desgracia! dijo el padrino para consolarla; ya te compraré otra muñeca.

--No, no, replicó la niña, no quiero mas.

—Has visto ya lo que hay en la chimenea.

—Todavía no; apenas he tenido tiempo para llorar.

En el fondo de uno de sus zapatos descubrió el collar, y olvidando la desgracia de Vita, saltó de alegría, secó sus lágrimas, y se arrojó al cuello de su padrino y de su madre.

—Qué hermoso es! madre mia, exclamaba: padrino, qué hermoso es! ved! ved! una ancorita, una crucecita y un corazoncito! Voy á enseñárselo á mi abuela.

La niña se escapó ligera como una golondrina. El padrino Juan miró á madama de Viorne.

—Sois vos, le preguntó, quién habeis añadido al collar el áncora, el corazón y la cruz, es-

tos tres emblemas de la vida cristiana, la esperanza, la caridad y la fé?

—No, respondió la madre.

—O Dios hace todavía milagros, ó yo estoy completamente loco. Silvia es amada de los ángeles; ella nos guardará un sitio en el Paraiso.

IX.

Al cabo de algunos años, las imágenes del pasado tiemblan en la penumbra de la memoria; el recuerdo se inclina al lado que le es mas querido; olvida los hechos accesorios perdidos en las lontananzas de la perspectiva del alma, como esos personajes secundarios que los pintores de paisajes guardan para los últimos planos de sus cuadros. Silvia se acordó de la desaparicion de Vita; su pensamiento se fijaba involuntariamente en las misteriosas visiones de su infancia. Siempre llevaba consigo la margarita de Vita y los adornos de su collar de perlas. Ya no era una niña; habia cumplido diez y seis años. Alta, esbelta, la frente cubierta de pudor, se asemejaba por la finura de sus rasgos y su blancura delicada, á los cándidos ángeles de Perugino. Un dia se arrodilló á los pies de su madre, y le dijo con lágrimas en los ojos:

—Madre mia, quisiera entrar en un convento y ser hermana de la Caridad.

Madama de Viorne, persuadida de la vocación de su hija, accedió á sus súplicas, pensando solamente lo vacía que quedaria la casa cuando Silvia se ausentara.

La margarita no se habia marchitado: el boton amarillo parecia ostentar una sonrisa, de oro fino engastado en un collar de marfil, y las hojas habian conservado su frescura aterciopelada; además, exhalaba un poco olor de incienso. Silvia amaba mucho á su margarita, pero tenia en el alma otra flor mucho mas hermosa; era su inocencia. El dia que tomó el hábito, metió la margarita en un escapulario que ató á su cuello, y que depositó sobre su corazon. Tres años despues era hermana de la Caridad. En todas partes la bendecian por su dulzura, sus virtudes y su bondad inalterable. Toda su fortuna pertenecia á los pobres.

Dar pan á los que tienen hambre, vestir á los que tienen frio, consolar los sufrimientos humanos, esta es la mejor manera de amar á Dios.

Cuando entró en el convento, dejó el nombre un poco mundano de Silvia, y se hizo llamar *Sor Margarita*.

Sor Margarita ha muerto hace algunos meses á la edad de veinte y siete años apenas. Segun su voluntad, se la ha enterrado con la flor que tanto queria. Al principio de la primavera última, el césped de su tumba se cubrió de margaritas, donde la pobre madre fué siempre á llorar.

El padrino Juan murió al año siguiente, con el sentimiento de no haber tenido mas que tres generaciones de ahijadas.

FIN.